

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amen.

Buenos días, amigos, profesores y alumnos.

Personalmente, no soy un gran devoto de los juegos de azar. En mi currículum apenas se ven retazos de quinielas, primitivas, bonolotos, loterías... Pero me entusiasma un juego, y me gustaría contagiarte ilusión por él. Se trata de ese hermosa partida de naipes que llamamos «vida», y en la que cada cual juega lo mejor que sabe las cartas que le han tocado en suerte.

En todas las apuestas, siempre hay alguien que gana alguna vez, pero también hay quien pierde. Antes de realizar la jugada hay quien la afronta con el entusiasmo y la certeza de vencer, y quien le realiza con la duda y el temor de perder. Son como dos bandos opuestos: el de ganadores y el de perdedores. Y tú, ¿a qué grupo perteneces?

El ganador dice: «vamos a verlo»; el perdedor dice: «quién sabe».

El ganador se enfrenta a los problemas; el perdedor los esquivo.

El ganador trabaja más que el perdedor y tiene más tiempo; el perdedor siempre está más ocupado de la cuenta cuando tiene que hacer lo que es necesario hacer.

El ganador asume los compromisos; el perdedor, hace promesas de mejora.

El ganador escucha; el perdedor no espera su turno para hablar.

El ganador respeta a sus mayores y superiores y procura aprender algo de ellos; el perdedor acumula resentimientos contra sus superiores e incluso monta intriga contra ellos.

El ganador se siente responsabilizado por hacer siempre algo más; el perdedor se cansa muy pronto y dice: «no trabajo más».

Al ganador le entristece no poder hacer más; el perdedor pide disculpas, pero vuelve a hacer lo mismo en la siguiente ocasión.

El ganador da razones; el perdedor intenta justificarse.

El ganador dice: «soy bueno, pero no tanto como debiera ser»; el perdedor dice: «no soy tan malo como muchos otros».

El ganador sabe que siempre hay otro modo de hacer mejor las cosas; el perdedor se conforma y argumenta que eso siempre se ha hecho así

...

¿Te identificas con el vencedor o estás más cerca de las posiciones del vencido? En el hermoso juego de la vida de cada día, quien insiste en querer jugar, no las cartas que le han correspondido, sino las que cree que debería haberle tocado... es el que siempre pierde el juego.

No se te está preguntado si quieres jugar. Ésa no es la opción: tienes que jugar esta baza. La alternativa es: ¿cómo vas a hacerlo?

Padre nuestro, que estás en el cielo, santificado sea tu nombre; venga a nosotros tu reino; hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo. Danos hoy nuestro pan de cada día; perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a lo que nos ofenden. No nos dejes caer en la tentación y líbranos del mal. Amen.

Dios te salve, María; llena eres de gracia; el Señor es contigo; bendita Tú eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús. Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amen.

Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo. Como era en el principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amen.

María, Madre del Buen Consejo, ruega por nosotros.

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amen.

Buenos días, amigos, profesores y alumnos.

Hace nueve meses comenzamos nuestra andadura tras una meta lejana: superar el curso con éxito. En el viaje hemos recorrido caminos estrechos y escarpados, atravesado carreteras cómodas y de buen firme, escalado auténticas paredes verticales de roca y volado por amplias autopistas. De todo ha habido. Como entre nosotros: también ha habido de todo. Llegados hasta aquí, a muy pocas jornadas de alcanzar la pancarta de meta, y en el itinerario hemos distinguido al amargado y al comprometido, al trabajador y al ocioso, al generoso y al que odia cualquier situación que signifique esfuerzo.

Aunque no lo creas, el estudio de todas las asignaturas, (incluso las que te parecen menos prácticas), te han ayudado a madurar a lo largo del curso, y lo seguirán haciendo durante toda tu vida: abren horizontes a tu mente, la preparan y capacitan para comprender, asimilar y edificar con solidez tu futuro.

Debes convencerte que hay que llegar a estar muy capacitado, que hay que estar lo mejor preparado posible para servir mejor a la sociedad. Si, ya sé que son los últimos días y que, tal vez, pesa mucho todo el retraso que llevas. Pero eso no es excusa suficiente. No te conformes con «ir pasando». Si todavía puedes hacer más y te conformas con menos, eres un traidor a la sociedad, eres un ladrón, porque te has apoderado y malgastado la confianza que han puesto en ti los que más te quieren.

Al final y a la larga descubrimos siempre la importancia del trabajo y el deber. Como dice el poeta: «Se os ha dicho siempre que el trabajo es una maldición y el deber una desgracia, que la vida así es oscuridad.

Pero yo os digo que la vida es, en verdad, oscuridad cuando no hay impulso;  
y todo impulso es ciego, cuando no hay conocimiento;  
y todo saber es vano, cuando no hay trabajo;  
y todo trabajo es vacío, cuando no se hace con amor.

Haced un esfuerzo final: que vuestro trabajo sea construir una casa con amor, como si quienes más queréis fuesen a vivir en ella;  
que vuestro trabajo sea tejer la tela con hilos extraídos de vuestro corazón, como si quien más queréis fuese a vestir esa tela;  
que vuestro trabajo sea plantar semilla con ternura y cosechar con gozo, como si quien más queréis fuese a comer ese fruto;  
que vuestro trabajo sea el amor hecho visible; y que el fruto de vuestro trabajo sea el descanso y el disfrute de llegar a la meta en esa ciudad del sol y la alegría.

Porque si no podéis trabajar con amor, sino solamente con disgusto, es mejor que dejéis vuestra tarea y os sentéis a la puerta de una iglesia para recibir la limosna de los que sí trabajan gozosamente.

Padre nuestro, que estás en el cielo, santificado sea tu nombre; venga a nosotros tu reino; hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo. Danos hoy nuestro pan de cada día; perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a lo que nos ofenden. No nos dejes caer en la tentación y líbranos del mal. Amen.

Dios te salve, María; llena eres de gracia; el Señor es contigo; bendita Tú eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús. Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amen.

Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo. Como era en el principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amen.

María, Madre del Buen Consejo, ruega por nosotros.

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amen.

Buenos días, amigos, profesores y alumnos.

Hemos llegado. Tienes al alcance de tu mano esos días tantas veces soñados y esperados. Han sido unos meses que han pasado como una exhalación y en los que han ocurrido muchas cosas. Seguro que has vivido diversidad de experiencias. Y no cabe duda que has crecido y avanzado en muchos aspectos de tu vida, de tu saber y de tu persona. Como en todas las cosas de la vida, ha habido días grises y días soleados, días buenos y días malos. Con todo, ¿ha merecido la pena el camino?

Solamente te queda rematar una buena faena con los exámenes finales de la próxima semana. Pero no te engañes. A pesar de su trascendencia, no serán nunca los más importantes de tu vida. Ni lo serán los que realices el próximo año, ni la selectividad, ni las oposiciones futuras. Tan sólo hay un examen realmente definitivo. Y nos ha sido narrado así:

«Cuando venga el Hijo del hombre en su gloria con todos los ángeles, se sentará en su trono de gloria. Todas las naciones se reunirán delante de él, y el separará unos de otros, como el pastor separa las ovejas de las cabras, y pondrá a las ovejas a un lado y las cabras al otro. Entonces dirá a los de un lado: «Venid, benditos de mi Padre, tomad posesión del reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. Porque tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber; era forastero y me alojasteis; estaba desnudo y me disteis ropa; enfermo y me visitasteis; en la cárcel, y fuisteis a verme». Entonces le responderán los justos: «Señor, ¿cuándo te vimos enfermo o en la cárcel y fuimos a verte?». Y el rey les responderá: «Os aseguro que cuando lo hicisteis con uno de estos mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis»...

Ya lo ves. La asignatura siempre por recuperar no es física, ni matemáticas, ni historia, ni lengua, ni siquiera religión. La asignatura pendiente es el AMOR. Nunca dejaremos de amar. Llegaremos a dominar varios idiomas; llegaremos a descubrir todos los secretos de la ciencia; llegaremos a crear la riqueza necesaria para que todos vivan con dignidad. Pero sólo una cosa seremos incapaces de llevar a fondo hasta el final: AMAR

El que ama realmente es consciente de sus limitaciones y sabe ponerse en su lugar, que eso es ser humilde. Es desinteresado y atiende tanto a los que le caen bien como a los que le caen mal. Está siempre a disposición de todos y sabe descubrir las necesidades de los demás. Es alegre y saltarán como un arroyo de montaña. El que ama realmente no se deja ofuscar por enfado alguno, ni guarda rencor más allá de un par de minutos, no puede aguantar las injusticias, no busca otra cosa que la verdad.

El que ama realmente perdona siempre, confía en todos, sabe ponerse en lugar del otro antes de juzgarle, no se desanima nunca. Porque esa es nuestra gran asignatura y ese nuestro mejor examen: el AMOR, sentido de la vida, camino interminable.

En el AMOR merece la pena creer.

Padre nuestro, que estás en el cielo, santificado sea tu nombre; venga a nosotros tu reino; hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo. Danos hoy nuestro pan de cada día; perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a lo que nos ofenden. No nos dejes caer en la tentación y líbranos del mal. Amen.

Dios te salve, María; llena eres de gracia; el Señor es contigo; bendita Tú eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús. Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amen.

Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo. Como era en el principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amen.

María, Madre del Buen Consejo, ruega por nosotros.